

en el coche: un fanático y una fanática; pero su fanatismo no era religioso, sino filantrópico y frenológico. Jamás he visto cosa parecida. Todo lo que podíamos hacer era no reír á carcajadas. La señora declaró que la Exposición de 1851 ensancharía su idealidad y su localidad. Lord Aberdeen nos había contado un poco antes algunas cosas preciosas de los antiguos jueces escoceses. Lord Braxfield exclamó dirigiéndose á una señora con quien jugaba al *whist*: «¿Qué está usted haciendo, diablo de vejestorio?» Y luego, rehaciéndose: «Señora, usted dispense. La tomé á usted por mi mujer.»

A las siete y media vino el *brougham*, y fui á comer á casa de lord Jhon Russell, contento y orgulloso, y pensando en lo injustamente que fué tratado el pobre Pepys por anotar en su Diario la satisfacción que le produjo ir en su propio coche. Es la primera vez que tengo coche mío, exceptuando la época de ministerio.

5 de Febrero. — Durante el almuerzo lei la correspondencia entre Voltaire y Federico. ¡Buena pareja! Repasé mi artículo sobre Federico. Contiene muchas cosas justas y muchas vigorosas y enérgicas; pero, en resumen, creo que haría bien en no reimprimirle (1). Compré una soberbia «Valentina» en la Columnata, y escribí los versos á miss Stanhope. Son unos lindos versos. Luego fui á Westbourne Terrace, y en el camino me hice con un libro, del que conservaba vivo recuerdo, y que no había visto hacia muchos años: una traducción de algunas comedias españolas, una de las pocas notas alegres de nuestra hos-

(1) Macaulay no tardó en cambiar de parecer, y el artículo de Federico fué incluido en la colección de *Ensayos*.

ca biblioteca de Clapham. Ana se entusiasmó al volverle á ver.

Leí una buena porción de lo que he escrito, y no quedé descontento, sobre todo lo referente al *bill* sobre los juicios de traición en el cap. XVIII. Esos resúmenes de debates parlamentarios serán una particularidad nueva de la obra, y que creo ha de llamar la atención.

Jueves, 1.º de Mayo de 1851.—Un día hermoso para inaugurar la Exposición. Algo nublado por la mañana, pero en general despejado y apacible. Me ha llamado la atención la cantidad de forasteros que se ven por las calles. Pero todos son gente decente y respetable. No vi ninguno de los hombres de acción con que nos amenazaban los socialistas. Fui al Parque, y seguí la Serpentina. Había un gentío inmenso en las dos márgenes del estanque. A mí se me figura que deben haberse juntado á un tiempo en Hyde Park cerca de trescientas mil personas. La vista al través del ramaje verde era deliciosa. Los botes y las fragatillas que surcaban el lago, las banderas, la música, todo ensanchaba el alma de placer, y en la muchedumbre reinaba la mayor animación. Tropecé con Punch Greville, y paseamos juntos durante una hora. El, como yo, consideraba más digno de verse el espectáculo de fuera, que el de dentro. Me enseñó una carta de Mad. de Lieven, una carta necia, con una afectación de perspicacia y profundidad como suya. Llama á esta Exposición experiencia atrevida, imprudente. Teme una explosión horrible. «Es posible que salgan ustedes de ella con bien, y entonces se darán más tono que nunca.» ¡Y á esta mujer se la mira como un oráculo político en ciertos círculos! Tan probable es una revolución en Inglaterra, como la caída de la luna.

Entré en el edificio. Una vista grandiosa, inmensa, llena de encantos, superior á los sueños de los cuentos árabes. No puedo creer que los Césares ofreciesen nunca espectáculo más espléndido. Yo estaba completamente deslumbrado, y sentía la misma impresión que al entrar en San Pedro. Anduve alrededor, abriéndome paso á empellones por entre la muchedumbre que llenaba la nave, y admirando el efecto general, pero sin fijarme mucho en los pormenores.

De regreso en casa acabé *Persuasión*. He vuelto á leer todas las novelas de Miss. Austen. Son encantadoras; pero encuentro algo más que criticar que antiguamente. Sin embargo, no hay en el mundo composiciones que se acerquen más á la perfección.

26 de Marzo.—Hoy se entra en la Exposición por un chelín. Este espectáculo excepcional parece destinado á desbaratar todos los cálculos: los favorables, como los desfavorables. En el día de á chelín fué menos gente que en el día de á cinco chelines. He recibido una carta de ***, que se halla en gran apuro con las deudas de su hijo. Me molesta y me apena; pero escribí, pidiendo que me permitiese arreglar el asunto, y tuve la satisfacción de hacer ese ofrecimiento con toda el alma y con el deseo de que fuese aceptado, á pesar de que he recibido y de que habré de recibir otras peticiones.

Acabé *Juana de Arco*. El último acto es absurdo sobre toda ponderación. No puede defenderse la violación monstruosa de la historia que todo el mundo conoce. Así como Schiller hace caer á Juana en el momento de la victoria, de la misma manera pudo hacer que Wallenstein destronase al Emperador y reinase sobre Alemania, ó que María llegase á ser reina de Inglaterra y decapitase á Isabel.

12 de Junio.—Después del almuerzo vino ***. Tengo que hacer otro esfuerzo por salvarle, y será el último (1). Margarita ha venido á buscarme para ir á la lectura de Thackeray. Lleno éste de imaginación y humorismo, no deseo más sino que saque de estas lecturas tanta fama como provecho. Me dijo al salir que el resultado era maravilloso, y yo le contesté con todo mi corazón que deseaba que lo fuese diez veces más. Allí estaba mi querido lord Lansdowne, que parece mucho mejor. Comí en casa del barón Parke. Estuvo agradable, y me pareció que yo agradaba; pero quizá estuviese equivocado. Luego á la reunión de Lady Granville, donde encontré muchos amigos, y todos bondadosos. Yo rara vez voy á reuniones; y, por lo mismo, me reciben mejor. No es para mí esa barahúnda; pero la cortesía me obliga á aceptar una invitación de cada diez que recibo.

9 de Junio.—Encontré los tomos del *Registro* de Cobbett correspondientes á 1832 y 1833. En esa época había perdido su estilo, y tenía en su contra la circunstancia de estar en el Parlamento. Dejó lo que hacía bien por lo que hacía pobrísimamente. Mi nombre aparece á menudo en esos volúmenes. Muchos creen que sentía animosidad contra mí; yo lo dudo. Me trata mal; pero menos mal que á casi todos los hombres públicos que citaba.

Un americano me escribe desde Arkansas, y me envía un ejemplar de la *Historia* de Bancroft. Muy fino y afable; pero por algún error singular me dirige la carta á Abbotsford. ¿Creerá acaso que viven allí

(1) No fué el último ni remotamente. La persona de quien habla así Macaulay no tenía más vínculos con él que los generales humanos.

juntos todos los que escriben libros en la Gran Bretaña?

Macaulay pasó los meses de Agosto y Septiembre en Malvern, en una quinta risueña, metida en «un bosque lleno de mirlos». Mr. Ellis fué á acompañarle una docena de días, eligiendo el momento oportuno para poder asistir al festival musical de Worcester.

Malvern, 21 de Agosto de 1851.

Querido Ellis: Le espero á usted el miércoles próximo. He tomado los billetes para *El Mesías*. Durante el festival puede haber dificultades para el viaje. Pero aquí los medios de comunicación son inmensos. Por todos los caminos del contorno de Malvern se ven cada diez minutos coches y diligencias, sin hablar de vehículos extraordinarios. Por ejemplo: el otro día topé con un carro fúnebre cuando me paseaba leyendo la expedición nocturna de Diómedes y Ulises. Desea usted dar un paseo en coche, caballero—me dijo el conductor.—Hay sitio de sobra. No pude menos de reirme:—A buen seguro necesitaré tal carruaje uno ú otro día, pero todavía no estoy preparado.—El hombre respondió, con la más consumada gravedad profesional:—Quiero decir, señor, que hay sitio de sobra en el pescante.

No creo haber hecho nunca, ni en Cambridge ni en la India, mayor ración de griego que hoy. He leído de un tirón catorce libros de la *Odisea*, desde el VI hasta el XIX inclusive (1). Lo hice paseando por el

(1) En su Diario de 19 de Agosto escribe Macaulay: «Me interné mucho por Herfordshire, y leí, paseando, los últimos cinco libros de la *Iliada*, con profundo interés y lágrimas abundantes. Iba temiendo que me viesan llorar los transeuntes que encontra-

camino de Worcester, entre la ida y la vuelta. Tengo mucho que decir del viejo. Le admiro más que nunca. Pero ahora estoy completamente seguro de que la *Iliada* es una obra de mosaico, hecha muy hábilmente mucho después de su época con varios de sus cantos y alguna que otra composición de cantores inferiores.

Estoy proyectando varias excursiones. Un día podemos visitar fácilmente á Hereford entre el almuerzo y la comida, y otro podemos ir á Gloucester. Cheltenham y Tewkesbury, con su hermosa iglesia, son más accesibles aún. Ha cesado la lluvia; la tarde ha sido radiante, y espero que tengamos otro mes espléndido delante de nosotros. Tendrá usted toda el agua que quiera. Le reservo un baño resplandeciente, donde podrá usted lavarse, y de donde podrá usted salir como un Dios.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Malvern, 12 de Septiembre de 1851.

Querido Ellis: He enviado á Guillermo á informarse del asunto. Entre tanto debo confesar que el contratiempo de usted regocija algo á los elementos malignos de mi naturaleza. El tomar asiento para un tren, cosa que el vulgo de los mortales hacemos en treinta segundos, es para usted una operación que reclama tanto cavilar y tanto tiempo como la adquisición de una hacienda... Debo decir que su carta de usted es muy á propósito para darme que pensar sobre mi

ba al volver: llorar porque Aquiles se había cortado el pelo; llorar porque Príamo se revolcaba en el patio de su palacio; llorar por seres puramente imaginarios, por creaciones de un antiguo cantor que murió hace cerca de tres mil años.

vuelta á Londres. Porque, si toda la previsión y preocupación de usted; si sus minuciosas pesquisas é ingeniosas combinaciones han terminado de esa suerte, ¿cómo puede prometerse un hombre tan descuidado como yo llegar á la capital sin inmensos contratiempos y pérdidas?

Aquí está al fin Guillermo con una carta de la administración de coches, pero sin dinero ninguno. En cuanto á los tres chelines, «Nunca los volverá usted á ver; nunca.» Envío á usted la explicación del tenedor de libros. Usted tomó asiento para un coche; fué usted á Worcester en otro; ha pagado usted el viaje entero á los dos, y no recobrará usted medio penique de ninguno. El caso de usted, si eso no es un consuelo, no es raro. En Malvern parece ser lo corriente viajar de ese modo. Y aquí tenemos una explicación del extraordinario número de coches que hay en este sitio. Puede haber un gran número de empresas en competencia, cuando los viajeros pagan el vehículo en que van y el vehículo en que no van.

Adios. Le echo á usted mucho de menos, y me consuelo lo mejor que puedo con Demóstenes, Goethe, lord Campbell y miss Ferrier.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

19 de Septiembre.—Me heché al bolsillo el *Wilhelm Meister*; fui paseando al Cleaveland Ferry; atravesé el Saverna y seguí la orilla oriental hacia Upton. Las confesiones del piadoso Stiftsdame me interesaron, como siempre, más de lo que puedo decir. Eso me pasó cuando las leí por primera vez en el Océano Indico, y eso volvió á pasarme cuando las leí en Hereford en 1841. A mi juicio, la causa del interés que me

inspiran es que Goethe se esforzó por hacer en ellas como artista lo que ningún otro simple artista, que yo sepa, ha tratado de hacer jamás.

Desde Agustín en adelante, los hombres de vivos sentimientos religiosos han escrito sus confesiones, y hay muchas muy curiosas. Las de John Newton, las de Bunyan, las de Will Huntington, las de Cowper, las de Wesley, las de Whitefield; las de Scot: un sin fin. Cuando las personas mundanas han imitado esas narraciones, ha sido casi siempre con espíritu satírico y hostil. Goethe es el único ejemplo de un incrédulo que ha tratado de identificarse con uno de esos piadosos autobiógrafos. Ha procurado imitarlos, de la misma manera que procuró imitar á los dramaturgos griegos en su *Ifigenia*, y á los poetas romanos en sus elegías. Un artista vulgar hubiese multiplicado los textos y las frases de sabor. El no hizo nada semejante, sino que procuró poner de relieve el espíritu de piedad en el grado mayor de exaltación y produjo una obra singular (1).

¡Qué cosas tan raras suceden! Dos caballeros, ó, por lo menos, dos hombres bien vestidos, pasaron junto á mí en ocasión en que yo paseaba por una de las praderas próximas al río. Uno de ellos me miró, se llevó la mano al sombrero, y dijo: «¿Mr. Macaulay, creo?» Confirmé la exactitud de esa creencia. Entonces prosiguió el sujeto: «Supongo que habrá usted venido á estudiar los lugares de la batalla de Worcester.

(1) Cuando Macaulay estuvo en Francfort, fué á la casa de Goethe, y la encontró con alguna dificultad. Estaba yo muy interesado, no porque él sea de mis mayores favoritos, sino porque los primeros libros referentes á su vida tienen un gran encanto para mí, y la antigua casa entra por mucho en la narración. La casa del padre de Guillermo Meister es también evidentemente la de Franckfort.